

# Leyendas, o no, en el Naranco

---

Las leyendas suelen viajar a través del tiempo revestidas con un traje de neblina, de misterio y de atracción. Su fuerza y convocatoria se basa en lo sugieren más que en lo que realmente cuentan. Son un género de paradoja creativa, trasmisión de saber popular y espoleta para la curiosidad que atrae con facilidad al auditorio. Es más sugerente dedicar una velada a contar leyendas que a escuchar novelas. Además, y eso quizá solo ocurre en el noroeste, las leyendas se asocian con el territorio cercano, con los parajes más inmediatos: no como los cuentos cuyo origen se sitúa en lugares muy alejados, del extranjero o de más allá, en sitios con otras costumbres diferentes a pesar de que los objetivos didácticos sean muy parecidos.

Lo sorprendente de estos géneros, y lo maravilloso de la literatura que los agrupa, es que leyendas, cuentos, novelas...comparten entre sí el mismo origen de realidad, el hecho causante inicial, verdadero y cierto, sobre el que la imaginación del cuentista, del transmisor, ha aplicado sus gotas de magia para convertir la realidad en ficción, la anécdota en leyenda. En definitiva para transformar el acontecimiento real en recreación soñadora a la luz de la lumbre.

Sirva esta presentación como excusa para concluir que yo no conozco ninguna leyenda en torno al monte Naranco, pero si acontecimientos que –piano piano- darán lugar a leyendas si el mundo sigue girando y quiere seguir soñando.

El primer hecho cierto que todavía sigue despertando la imaginación (al menos la mía) y bien podría armar una leyenda es el que rodea la visita de Federico García Lorca a Oviedo, y consecuentemente al Naranco. Es conocido que al anochecer del domingo 4 de septiembre de 1932, Federico con su grupo de teatro La Barraca actuó en Oviedo, en el antiguo teatro de El Fontán: un estaribel de maderas con pretensiones de escenario que se levantaba en el espacio situado entre la actual biblioteca y el Arco de los Zapatos. El grupo entró a Asturias procedente de Ribadeo, actuó en Grado, luego en Avilés y a pesar de no estar prevista la actuación

en Oviedo cambiaron sus planes tras la visita de un grupo de dirigentes de la Universidad animándoles a actuar en Oviedo. Lo consiguieron y el lleno fue absoluto. Al día siguiente visitaron la catedral, el monumento a Clarín en el parque San Francisco y –aquí ya sale el Naranco– visitaron los monumentos prerrománicos. Tuvieron que subir por la misma carretera por la que hoy subimos y que yo imagino como camino carretero estrecho donde confluían todas las sendas que daban servicio a las caserías que salpicaban la ladera del monte. No es difícil recrear la algarabía de los actores en excursión hacia San Miguel y Santa María de Naranco (entonces más iglesia parroquial con su campanario, su escalinata impostada en la cara sur... que palacio esbelto). También es fácil descubrir la sorpresa del verde asturiano en los ojos de un granadino, el eco de los aplausos tras el éxito de la noche anterior... la juega de aquella muchachada que recorría la península a lomos de versos y entremeses.

Alguien debió organizar tan bien la visita que al bajar, al mediodía, tuvieron una comida en el restaurante Los Monumentos. Fabada y actuación del grupo “Los cuatro ases” de la canción asturiana con esas letrillas tan similares a los compases más puros del flamenco, porque ambas músicas tienen la misma raíz. El restaurante ya no existe pero si el edificio donde comió Lorca: en el número 29 de la carretera del Naranco. Hoy es un centro de día (¿Medrando?) a medio gas, pero cada vez que se pasa al lado de sus muros solemnes es imposible no sentir un pellizco en el alma al recordar que por aquella puerta, por aquellas ventanas, cruzó o se asomó Federico García Lorca. Por solo eso, ya se podría construir una leyenda sobre la magia de unos muros que, en algún momento, dieron sombra al poeta más cercano e importante de la poesía española.

Siguiendo con el hilo de la base real sobre la que se tejen las leyendas, es fácil recrear la relación interesada que siempre tuvo Oviedo con su monte y viceversa. La magnífica orientación sur de la ladera del Naranco fue el mejor recurso para incrementar las maltrechas economías de las caserías ganaderas del monte. Hay que saber que Naranco significa “fuente de agua, abundancia de agua”. La unión de agua y de buena orientación sirvió para que durante años se lavase en los lavaderos del monte la ropa de cama de las “casas gordas” de la ciudad, de los sanatorios y primeras

residencias de cuidados que prestaron servicios en Oviedo. Un carromato recogía ropa sucia por Oviedo y la subía a los lavaderos del Naranco. Allí grupos de mujeres esperaban desde el amanecer para descargar los cestos. Hiciese frío o calor toneladas de ropa pasaban por aquellas manos, enjabonando una y otra vez hasta que recuperasen el blanco limpio que perdieron en Oviedo. Tantas sábanas, colchas, mantas... se lavaban que aún hoy podemos encontrar entre la vegetación restos de los lavaderos formando piscinas naturales con piedras inclinadas para frotar y frotar.

Tras el lavado llegaba el turno del secado. Aquí es donde se cuela la leyenda. Cuentan que las mujeres extendían por las praderas la ropa recién lavada y tantos metros cuadrados ocupaban que en Oviedo se pronosticaba si hacía buen tiempo o no por la mancha blanca de las sábanas puestas a secar. La experiencia meteorológica de las mujeres colocando o no sus sábanas funcionaba como pronóstico del tiempo para la jornada. Así, si era mucha la ropa extendida se aventuraba un magnífico día sin lluvia. Por el contrario se esperaba poco sol si no se veían los blancos secaderos en la ladera. No existen fuentes que señalen si el sistema era poco o muy fiable, pero quizá en esa indefinición comenzó a crearse la leyenda sobre lo inesperado del clima de cada día o la inexactitud de las predicciones de los hombres del tiempo. Quién sabe.

Otro detalle más etnográfico que literario (o no) es el formado por los neveros de la cumbre del Naranco. Ya en su cara norte, la que mira al mar y a Llanera, en las zonas más umbrías y asoladas todavía hoy se pueden visitar excavaciones en el terreno a modo de pozos con buen diámetro, de paredes revestidas de piedra, sin argamasa, tapizadas de musgo y verdor. Se conocen por neveros porque esa era su función. En ellos se conservaba la nieve que caía en el invierno bien prensada para facilitar su congelación. Cada capa de nieve se protegía con helechos, ramas y lo que fuera necesario para que mantuviese el frío más allá del invierno. Los neveros, al estar en la cara norte y en lo hondo del terreno, mantenían el frío con la pericia de sus propietarios. Y en ello les iba la vida y la ganancia. Si lograban conservar la nieve y el hielo hasta los meses del calor recuperaban sobradamente el esfuerzo y las penurias del trabajo anterior. En aquellos años sin neveras ni maquinas que la produjesen era un lujo,

un exotismo, disfrutar de nieve en el mes de junio. Un sueño tomar algo frío en agosto. Además del servicio de hielo en Oviedo obtenían ingresos por la venta de nieve para el transporte y conservación del pescado desde el cercano puerto de Avilés. A pesar de la cercanía aparente con la que hoy viajamos a Avilés, entonces y andando se tardaba una jornada. Los pescados necesitaban refrescarse en Oviedo con los neveros del Naranco antes de seguir su reparto hacia el sur y seguir viaje en aquellas hiladas de mulas arrieras que cruzando la cordillera ponían los ojos, y el negocio, en la meseta castellana.

El Naranco, en tiempos de guerra, fue un enclave destacado. Oviedo se alzó en los primeros días del conflicto con el bando franquista mientras que el resto de Asturias permanecía fiel a la República. Desde el monte se produjeron bombardeos diarios contra la ciudad. La artillería tenía en este privilegiado (y fatal) lugar un punto fácil para golpear a la ciudad. Por la noche se sucedían escaramuzas de nacionales contra republicanos para intentar destruir los puntos artillados que tanta destrucción y daño provocaban. Desconozco si quedan leyendas de aquellos días. Y casi mejor. De quedar alguna leyenda seguro que es triste y las leyendas tristes siempre es mejor olvidarlas.

El Naranco, en fin, como referencia para Oviedo: hasta para orientarse.

Como monte repleto de recursos al que se le trata con tanta indolencia como falta de cariño cuando se renuevan permisos para explotar sus recursos y seguir abriéndole las carnes de mineral.

O al desatender su limpieza hasta que el fuego lo peina de negro y redondea de nuevo sus cumbres para crear leyendas tétricas como las urnas de cenizas aparecidas tras el último incendio.

El Naranco, al que los turistas confunden con el Uriello cuando cambian la c por una j.

El Naranco que da para todo.

M. A. Macía